



Tiempo de lectura: 9 min.

[Benjamín Tripier](#)

La discusión seria ya no es si el chavismo cambió el tono. La discusión seria es si Venezuela va a cometer el error de confundir un cambio de tono con un cambio de régimen.

Ese es el punto. Y por eso hay que insistir, otra vez, en el riesgo de una eventual presencia de María Corina Machado conviviendo con el chavismo 3.0, y peor aún, concertando leyes, resoluciones o fórmulas de cohabitación con quienes han convertido la trampa institucional en su principal tecnología de supervivencia.

Hoy el tablero muestra tres escenarios.

- El primero es el reciclaje autoritario: el régimen muda la piel, baja la voz, concede algo, libera algo, flexibiliza algo, sonrío algo, y procura vender como transición lo que no pasa de ser una reingeniería de su continuidad
- El segundo es la transición democrática: salida real del aparato de control, restitución de legitimidad, desmonte del entramado jurídico del abuso y recuperación efectiva del mando institucional para el país democrático.
- El tercero, si la transición se bloquea o se falsifica, es el levantamiento popular: no como consigna romántica, sino como respuesta histórica de una sociedad que ya votó, ya resistió y ya entendió demasiado bien el costo de dejarse robar el futuro

Hasta hace poco, la continuidad autoritaria venía ocupando demasiado espacio. Pero el cuadro empezó a moverse. Las visitas de los generales Donovan y Caine, sumadas a la presentación de Marco Rubio en el Congreso de Estados Unidos, indican que esa opción perdió terreno, aunque sería ingenuo afirmar que ha desaparecido.

Pero ya no domina el tablero como antes. Y cuando el reciclaje retrocede, aunque sea un poco, renacen las otras dos posibilidades reales: una transición democrática con dirección y legitimidad, o, si esa salida vuelve a ser sabotada, un levantamiento popular como desenlace de una paciencia exhausta.

Por eso puede decirse, sin caer en triunfalismos, que la esperanza ha vuelto a renacer. No como consuelo. Sino como variable política.

Y precisamente por eso sería un error imperdonable que María Corina Machado fuese utilizada como pieza decorativa para tranquilizar mercados, suavizar percepciones o servir de excusa elegante para promover inversiones extranjeras.

MCM no puede ser convertida en sello de garantía de un esquema que no haya cambiado de fondo. No puede ser usada para legitimar, desde la confianza que inspira, lo que todavía no sería legítimo por estructura.

Porque la inversión seria no llega por simpatía, ni por atmósfera, ni por *storytelling* político, ni por una foto cuidadosamente producida. La inversión seria llega cuando hay legitimidad, reglas ciertas, poder capaz de cumplirlas, seguridad jurídica real y horizonte político estable. Todo lo demás es marketing para incautos.

En el caso venezolano eso es todavía más evidente. Se ha querido instalar la fantasía de que bastaría con una señal amable, una escenografía de convivencia o incluso una presencia indirecta de MCM en alguna fórmula transitoria para destrabar capitales: Eso no resiste el menor análisis.

Si no hay cambio de fondo y con legitimidad, no habrá inversiones reales en electricidad; y sin electricidad no habrá petróleo; y sin petróleo no habrá fuente primaria de recursos para financiar la recuperación del país.

Esa secuencia no admite maquillaje. Primero cambio político verdadero. Después legitimidad operativa. Luego inversión en electricidad, infraestructura y servicios... y solo entonces recuperación petrolera sostenible. Y solo a partir de allí recursos para reconstruir Venezuela. Pretender empezar por el final sin resolver el principio no es pragmatismo, sino fraude intelectual.

Por eso MCM no puede prestarse a una operación cosmética. No puede aparecer como aval moral de un arreglo donde el chavismo conserve el mando real mientras ofrece concesiones parciales para ganar tiempo, oxígeno y dinero. No puede

funcionar como coartada para que desde afuera se diga que Venezuela ya cambió lo suficiente como para invertir, mientras por dentro siga intacta la capacidad de censurar, encarcelar, chantajear y revertir cualquier apertura.

Si María Corina se sienta en una mesa con Delcy Rodríguez, no puede ser para cogobernar, ni para normalizar, ni para repartir responsabilidades sobre un sistema que precisamente debe ser desmontado. Solo tendría sentido para fijar términos de salida, plazos verificables, cesión efectiva de poder y garantías de irreversibilidad. Para cualquier otra cosa, no.

Porque aquí no hay un problema de modales, sino un problema de estructura. Cada vez que el chavismo consigue que sus adversarios lo traten como socio legítimo de la nueva etapa, gana tiempo. Y cada vez que gana tiempo, recompone control, reordena lealtades, administra concesiones, baja tensiones externas y prepara la reversa. Ese ha sido siempre su método: ceder superficie para no soltar el fondo.

Venezuela no necesita una convivencia entre democracia y autoritarismo. Necesita una sustitución de mando. Necesita desmontar, pieza por pieza, el aparato jurídico, político y coercitivo que fue montado para blindar corrupción, impunidad, continuismo y abuso de poder. Necesita una transición con capacidad de maniobra, no una cohabitación con límites diseñados por el propio sistema que debe ser removido.

La legitimidad, además, ya no está por inventarse. Ya fue conquistada políticamente. Lo que corresponde ahora es usarla para gobernar, no rebajarla para negociar su propia desnaturalización. Lo que toca es traducir esa legitimidad en arquitectura de transición, control institucional, desarme del aparato de coerción y recuperación de la República. Lo que no toca es convertirla en barniz noble para una transición falsa.

Claro que existe riesgo. Todo poder acorralado puede reaccionar como animal herido. Pero también es verdad que ese costo hoy luce menor que antes, porque la sociedad venezolana empezó a perder el miedo. Y cuando una sociedad pierde el miedo deja de ser espectadora y vuelve a ser protagonista. Deja de pedir permiso para existir políticamente. Y empieza, persona a persona, a convertirse en custodio del cambio.

Ahí está la nueva variable. Si la salida democrática avanza con claridad, el país puede alinearse detrás de una transición real. Pero si se la intenta congelar en

nombre de la prudencia, de la estabilidad o de las inversiones, entonces ese mismo país puede empujar otra cosa. Y esa otra cosa ya no sería paciencia administrada, sino levantamiento popular, que se sabe cómo empieza, pero no cómo termina.

Ese es, en realidad, el mensaje de esta hora: El reciclaje autoritario sigue siendo posible, sí; pero ya no tiene el monopolio del futuro. La transición democrática volvió a entrar en escena. Y el levantamiento popular dejó de ser una exageración verbal para convertirse en el costo posible de volver a estafar a una sociedad que ya hizo su parte.

Por eso la línea debe ser nítida. María Corina Machado no puede ser excusa para inversiones sin legitimidad. No puede ser pasarela para la continuidad maquillada. No puede ser el rostro limpio de un edificio que siga podrido por dentro. Su papel es exactamente el contrario: encarnar la legitimidad del cambio, impedir el reciclaje y abrir una transición verdadera... así en este momento no sea bien visto por EEUU.

Y conviene decirlo sin anestesia: si entre María Corina y Delcy hubiera una foto para facilitar inversiones antes de desmontar el poder real del chavismo, esa foto no anunciaría el comienzo de la recuperación, sino que anunciaría el comienzo de una nueva estafa. Y Venezuela ya no está para estafas elegantes, sino para decisiones irreversibles.

Noticias Destacadas

- NTN Consultores:
 - Reconfiguración EE.UU.-chavismo: La captura de Maduro no desmonta el sistema; Washington mantiene al chavismo reciclado para evitar caos tipo Irak, convirtiendo a Venezuela en país tutelado... aunque aún esa tutela no haya alcanzado a las bases
 - Prioridad económica sobre democracia: La transición se centra en petróleo y macroeconomía antes que en reformas políticas, mientras la población sigue enfrentando colas, escasez y débil poder adquisitivo... Y ese es el riesgo de "jugar" con la paciencia de la gente, que ya está cansada de que todo cambie para que nada cambie
 - Nuevo rol de consumidor y empresarios: El venezolano compra con extrema racionalidad y desconfianza; los negocios sobreviven solo si adaptan precios, formatos y reputación a un mercado empobrecido

- La Ceiba: “La viveza del régimen de vaciar el Helicoide para cumplir con la petición de cierre exigida por Trump y Rubio, es reflejo fiel de la naturaleza malandra y criminal que le caracteriza. Helicoide vacío, presos siguen presos”
- The Washington Post: Consejo Editorial. Venezuela aún no genera suficiente confianza en los estadounidenses como para invertir. Todavía es pronto para entusiasmarse con la idea de que Caracas esté abierta a los negocios
- El Nacional: Venezuela eliminó cláusula para poder anular contratos petroleros que dañen el “interés público”. Se eliminó, de la futura norma que regirá el sector petrolero del país, el privilegio que reconocía al Estado poderes para rescindir contratos con firmas extranjeras
- Tal Cual: Inflación de mayo se ubica en 6,3%: BCV afirma que hay una «senda de desaceleración». Efecto Cocuyo: la más baja en 19 meses (eso no sostenible porque las causas de fondo la infección que provoca la fiebre no solo sigue intacta, sino que hasta podría agravarse)
- El Pitazo. “Estamos en cuenta regresiva para elecciones”: trabajadores continuarán protestas hasta recuperar la democracia
- Bloomberg: Trump gana terreno en América Latina con el ascenso de gobiernos afines
- El País: El fantasma de la intervención estadounidense recorre México, Brasil y Colombia. Los gobiernos progresistas de la región abrazan las denuncias de injerencia
- El País: Irán ataca Kuwait y Baréin con misiles después de que Estados Unidos golpeará sus radares en el estrecho de Ormuz. La Guardia Revolucionaria iraní asegura que ha dañado bases de la Quinta Flota de Estados Unidos, pero el mando militar norteamericano lo desmiente
- El Mundo: Ucrania golpea San Petersburgo con drones y lleva de nuevo la guerra hasta la ciudad natal de Putin (lo que no cabe duda es que Putin se buscó lo que les está pasando...)

Lo que no fue noticia (y debería serlo)

- Que la reforma del Estado, junto con la disciplina fiscal y monetaria, no es un capricho ideológico sino la condición básica para que una economía deje de vivir al borde del colapso. Cuando el Estado gasta lo que no tiene, se endeuda sin límite o emite para cubrir su desorden, lo que destruye no es una planilla contable: es la moneda, el ahorro, el salario y la confianza. Por eso el primer paso serio hacia una recuperación venezolana tendría que ser exactamente

ese: achicar el desorden del Estado, imponer disciplina fiscal y monetaria y devolverle racionalidad al funcionamiento económico

- O que levantar progresivamente las barreras al comercio exterior no es una renuncia a la producción nacional. En realidad: cuando importar insumos, tecnología y bienes de capital deja de ser una carrera de obstáculos, y cuando exportar deja de estar rodeado de controles, permisos, cupos y castigos, toda la economía gana productividad. Abrir de manera inteligente el comercio exterior no debilita a los que producen; les baja costos, les amplía mercados y les devuelve aire para competir de verdad
- Ni que el ataque a la inflación debe hacerse sobre sus causas y no sobre sus síntomas. La inflación es como la fiebre: nadie sensato confunde el termómetro con la enfermedad. La fiebre avisa que hay una infección; la inflación avisa que hay un desorden profundo en la moneda, en las cuentas públicas y en la credibilidad del sistema. Si se baja la fiebre sin curar la infección, el paciente sigue empeorando. Y si se contiene artificialmente la inflación sin corregir emisión, déficit, distorsiones y expectativas, el país solo compra una tregua corta antes de una recaída peor. La estabilidad verdadera no se decreta: se construye corrigiendo la causa que enferma a la economía
- Tampoco que bajar impuestos, retenciones y aranceles es una forma de dejar de castigar a todo el que produce, trabaja, invierte, exporta o consume. Cuando un país reduce la carga impositiva que ahoga a las empresas y a las personas, mejora la competitividad por razones ajenas al mérito individual de cada negocio: baja el costo sistémico. Y cuando baja ese costo sistémico, no mejora una empresa aislada; mejora el entorno completo en el que viven y producen todos. Allí empieza una prosperidad más genuina, porque surge de una economía menos castigada y no de una ilusión monetaria sostenida con inflación.

Mail: [btripiern@gmail.com](mailto:btripiern@btripiern@gmail.com)

Instagram: @benjamintripier

Twitter: @btripier

[ver PDF](#)

[Copied to clipboard](#)